

ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

Dep. Legal ppi 201502ZU4649

Esta publicación científica en formato digital
es continuidad de la revista impresa

Depósito legal pp 197402ZU34 / ISSN 0798-1171



REVISTA DE FILOSOFÍA

Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Maracaibo - Venezuela

Nº 114
2025 - 4

Octubre-Diciembre

Revista de Filosofía

Vol. 42, N°114, 2025-4, (Oct-Dic) pp. 104-113
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela
ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

Volver al corazón.

Por una educación de la interioridad

Valmore Muñoz Arteaga

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8899-8287>
Colegio Mater Salvatoris
Maracaibo – Venezuela

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.18112154>

1. Volver al corazón

El corazón como categoría filosófica ha despertado poco interés, a pesar de lo que ella implica en la existencia humana. El corazón es el centro. La vinculación del centro con el corazón abre un importante abanico de matices y contenidos que, en el ámbito humano, se relacionan con su naturaleza esencial. Representa la interioridad espiritual, los sentimientos más profundos o vividos con mayor profundidad, el fuero íntimo del hombre; y casi podríamos afirmar que son estos significados los que nos son más próximos y no los de origen técnico-científico. Lo esencial es invisible a los ojos ciertamente, decía Antoine de Saint-Exupéry, pero no al corazón. Y a pesar de que no ha ocupado un papel transcendental en la historia del pensamiento filosófico, hay que acompañar al Papa Francisco cuando afirma que «la filosofía no comienza con un concepto puro o una certeza sino con una conmoción», quizás el asombro del cual nos habla Platón.

El corazón implica, como hemos afirmado, interioridad espiritual, justamente lo que este mundo moderno ha abandonado progresivamente. Muy a pesar de que en él se armonizan y conjugan intelecto y voluntad, apetitos y sentidos, emociones y pasiones, es, por si fuera poco, sede del alma y sus potencias; cuna de la inteligencia, del conocimiento, de la razón, del pensamiento, la memoria y la atención. Todo eso quedó reservado para la menospreciada poesía, pues, al parecer, para la conquista del universo externo no eran necesarias, más bien, resultaban estorbos, cadenas que esclavizaban, cuando no, sencillamente giros de superchería ignorante.

Hablar de filosofía es hablar de comprensión y comprender es, en efecto, un acto de amor. No se puede comprender a otro sin una dosis de apertura y de negación de uno mismo. El problema es que, históricamente hablando, las sociedades occidentales han

caracterizado a las emociones, el amor de manera particular, en contraposición a la racionalidad como algo vacuo. Vacuo y, muchas veces, hasta sospechoso. Ahora bien, No puede haber ciencia sin conocimiento. Ahora bien, no puede existir conocimiento sin amor. El conocimiento se construye desde el ser que siente, desde el ser sentido. Sentido como verdad encarnada que brota a partir de una sociología de la caricia, un logos afectivo, y el logos es el soplo divino que nos traspasa comunicándonos con la trascendencia.

La filosofía nace del asombro, es decir, de una experiencia sensible. La experiencia sensible es el puente que conecta al ser humano con la realidad dentro de la cual está inmerso, en cuanto a que es ella quien lo constituye como ser y, –por si fuera poco– se transforma en fundamento de toda posibilidad de conocer y de pensar. Entramos así en ese hermoso juego ontológico en el cual el ser que somos solo puede existir íntegramente con lo que nosotros no-somos. Esto ya lo exploraba Heidegger cuando refería que el ser está constituido por el ser-con, ser-en, ser-para y ser-por, ya que no hay otra manera de existir y que tener conciencia de ello en nuestra mismidad implica comprender sobre qué base se sostiene la experiencia sensible.

La Carta Encíclica *Dilexit Nos* invita al hombre a volver al corazón, es decir, volver al centro de su ser, a su interioridad espiritual. Al ver la situación del mundo actualmente, se hace más que evidente la necesidad de que los seres humanos conectemos con una nueva experiencia de interioridad. Antonio Pérez Esclarín, pedagogo venezolano, une su voz a la de San Agustín para pedir que volvamos al corazón y renunciemos a continuar divagando por estos caminos de soledad y errancia que nos abrió la modernidad. Un camino que describe nuestro destierro de nosotros mismos y que ha tejido una poderosa red de confusiones y espesuras donde nos hallamos tropezando y sin sentido, cada vez más alejados de nuestra identidad. Un camino por el cual muchos están interesados en que el hombre siga transitando.

Volver al corazón significa abrirlo a la experiencia del amor para que el hombre descubra, en primera instancia, el valor de su ser y, como consecuencia de ello, el valor del ser del otro y de toda la Creación. Hablamos de un cambio antropológico que transforme la realidad. Un cambio antropológico que brote del conocimiento íntimo de Cristo que es, como sabemos, el corazón del corazón.

2. El corazón es un horizonte

Hace algún tiempo escribí un artículo llamado *El hombre y el horizonte*. Rescaté para esas líneas un poema de Stephen Crane que dice: «Yo vi a un hombre persiguiendo al horizonte; corrían y corrían dando vueltas. Yo me quedé pasmado. Lo increpé al hombre. «Es inútil», le dije, nunca podrás. Mentira, gritó, y siguió corriendo». He vuelto al poema porque *Dilexit Nos*, la más reciente encíclica del Papa Francisco me lo recordó mucho mientras la leía. Me imaginé al Papa Francisco persiguiendo a un horizonte que, sin duda, es el mismo que yo persigo. Quizás, no se trata de perseguir al horizonte, sino que, es otra forma de expresar, un anhelo, cierta nostalgia: volver al corazón.

Volver al corazón con la finalidad de comenzar a abrirnos a una comprensión de la existencia abrazada al misterio, al hombre en su totalidad. Abierta a ese punto en el cual, el corazón creyente ama, adora, pide perdón y se ofrece a servir en el lugar que el Señor le da a elegir para que lo siga, como expresa Francisco. Un punto en el cual el cielo y la tierra se abrazan, se hacen uno solo, como el corazón que es centro unificador, espacio en el cual se posibilita el íntimo encuentro con Dios que nos impulsa hacia la otra orilla.

En lo más interior del ser humano brotan las fuentes de la vida. Se configura aquello que nos distingue, aquello que nos ordena nuestra identidad espiritual poniéndonos en comunión con las demás personas, pero también nos abre los ojos a una dimensión más íntima con la realidad. Una dimensión que permite al hombre deleitarse con los destellos divinos diseminados en lo cotidiano. Destellos que anuncian la verdadera belleza y que solo el corazón puede captar, puesto que se encuentra imantado hacia ella. La belleza auténtica, sostiene Benedicto XVI, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más allá.

Esa belleza que, como la verdad, es lo que despierta la alegría en el corazón de los hombres; «fruto precioso que resiste a la usura del tiempo», sostiene. Que sacude al hombre para hacerlo salir de sí mismo, arrebatándolo de la resignación, la conformidad, la mediocridad, el consumismo, en pocas palabras, del miedo a Cristo y a la potencia que se desnuda en los latidos siempre vivos de su Corazón. Miedo que no propicia estados profundos de conciencia donde se haga posible experimentar la poesía oculta en todo lo que nos rodea. Poesía amorosa que nos punza el corazón, lo hace arder, lo arroja al otro lado.

El corazón es un horizonte donde lo divino y lo mundano se abrazan, se celebran, se festejan estableciendo nuevos caminos más allá de los límites. Escribe Francisco en *Dilexit Nos*: «cuando se capta alguna realidad con el corazón se la puede conocer mejor y más plenamente». La filosofía realmente no comienza entre las cuatro paredes de las certezas, sino de la conmoción, del asombro. Allí donde el filósofo detiene su pensamiento, el corazón es impulsado a dar otro paso y otro más. No es un Yo encerrado en sí mismo, sino un Yo que es el tú de Dios abriendo la posibilidad de la amistad con Él construyendo frente a su mirada atónita nuevos horizontes.

Una amistad que nos pone en contacto con lo que sienten y cómo se sienten las cosas. Que nos reconcilia con las preguntas que nos devuelven la dignidad. Que nos reconcilia con la fe y la sensibilidad como formas legítimas de conocimiento. Que nos ayuda a comprender que la salvación del hombre tiene lugar en la historia, pero que no es un hecho histórico. Por ello, Francisco retoma lo que ya San Agustín propuso anteriormente: volver al corazón, volver al centro, a esa fuerza única capaz de unir lo que ha sido fragmentado por una racionalidad completamente instrumentalizada y deshumanizada. Volver a comprender que el corazón es un horizonte propiciador de encuentros.

3. Buscando otra racionalidad

Rabindranath Tagore es, sin duda, el poeta indio más estimado en el mundo occidental, más aún, luego de la obtención del Premio Nobel de Literatura en 1913. Dejó en sus libros, en especial, en sus ensayos, su enorme preocupación por la necesidad de propiciar un encuentro entre los universos de la razón y la fe, en cuanto a que allí, en esa reconciliación, logró vislumbrar la posibilidad de que el hombre pudiera disfrutar verdaderamente de su plenitud. El poeta estaba convencido de que no había límite posible a la dignidad del espíritu humano, puesto que todo aspecto que significara limitación era falso.

Participa de la idea de que los seres humanos necesitamos estimar el valor de la vida de otra manera. Estuvo claro en que solo podía valorarse en su plenitud infinita en la medida en que se aprendiera a conciliar en un mismo camino los elementos que conforman los sentidos, la razón y la fe. Todo está conectado con todo y lo particular lo es solo porque es una parte del todo. A este todo se penetra solo a través de la experiencia plena de la vida cuya fuente es la armonía entre el razonamiento racional y el razonamiento sensible. Esa conciencia de armonía es posible permitiendo mayores alternativas para que se exprese lo intuitivo, el amor, la mística, o como se le desee llamar.

Ciencia y conocimiento no son la misma cosa, muy a pesar del origen etimológico común. No puede haber verdadera ciencia sin conocimiento y no puede haber conocimiento sin que en él no se integre, en cierto modo, al sujeto que conoce. Un conocimiento sin amor vuelve arrogante al hombre y lo desarticula de una visión total de la realidad. La parcialidad racional que lo domina fragmenta su mirada. El llamado conocimiento objetivo lo es en función de que existe un sujeto que le define los criterios y para ello es imprescindible que exista un abarcamiento de la totalidad del objeto conocido. Sin embargo, esta totalidad, en modo alguno, será el resultado de la suma de sus partes.

No hay conocimiento infinito, pero siempre existe la posibilidad de un conocimiento del todo, de un conocimiento holístico. Sin embargo, el devenir científico, que solo parece responder a los postulados del cartesianismo como único sistema racional capaz de responder a la necesidad de búsqueda de la verdad, hizo a un lado la otra esfera necesaria para la completa visualización de lo real, claro está, me refiero al amor, a una racionalidad sensible. Hablamos de un sentir la vida por medio y a través de unos juicios valorativos que nos permitan compartir, en la presencia de los otros, un interés subjetivo que nace de una necesidad de hacer reciprocas las sensaciones que despiertan los afectos.

La transparencia es un misterio que apenas se percibe desde una categoría superior del sentido definido como *sensus* o inteligencia afectiva, otros lo definen como razón sensible. Una razón que comprende desde un tránsito lento, profundo y por entero del ser-en-el-mundo. Comprender es, en estos términos, ser capaz de, saber habérselas con, nombrar una destreza en la que no interviene la diferenciación abstracta entre un saber teórico y un saber práctico. ¿Consecuencia? Poder-ser respecto a algo. Y ese poder-ser se

constituye sobre la base de devorar esa transparencia, enredarse en ella, confundirse en ella hasta ser ella misma.

Nietzsche veía ese despeñamiento como la posibilidad de vinculación con lo real a través de su capacidad de irradiar sentido. Plenitud del desgarramiento. Esa desnudez solo es posible a través de la iluminación que brindan los sentidos. La desnudez experimentada a partir de una fenomenología de la experiencia fraguada por el ardor de los sentidos vivos y sentientes, esa posibilidad de sentir, ya lo experimentó Montaigne, aproxima en mayor medida al ser humano a su ser aquí-ahora que cualquier discusión académica. Conocimiento comprensivo es aquel que dice sí a la vida sensualmente y se abre a la aventura de conquistar-conquistándose a cada instante.

4. Desde el corazón: educar el silencio y la escucha

En el libro de Proverbios nos brinda un acercamiento muy valioso a la hora de meditar sobre la posibilidad de educar al ser humano en su relación con el silencio. Por una parte reconoce que “aun el necio, cuando calla, es contado por sabio; El que cierra sus labios es entendido” (17,28) y por otra resalta que “la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!” (15,23). Educar al ser humano en su relación con el silencio significa la comprensión profunda del valor de la prudencia. Hablar cuando resulte verdaderamente oportuno y, por supuesto, al hacerlo que realmente valga la pena.

El apóstol Santiago, comprendiendo cabalmente estas cuestiones señala sin cortapisa que “todo hombre sea pronto para oír y tardo para hablar” (1,19). Hacer silencio parece en ciertos momentos sencillo, tanto como hablar. La verdadera dificultad parece radicar en hacer silencio cuando realmente hay que hacerlo y hablar cuando esto sea, no sólo requerido, sino necesario. Buda invita a comprender el habla como una virtud. Una virtud que no sólo expresa hacerlo oportunamente, sino emplear la palabra apropiada, esta, sin duda brota del silencio.

Gianni Vattimo señala que el silencio funciona con el lenguaje como la muerte en relación con la existencia. Ante la presencia de la muerte, la existencia cobra otro valor, más bien entramos en cuenta del valor sustancial de poder vivir, de poder existir. El silencio es un horizonte que necesita la palabra para poder resonar. El silencio es ese instante en el cual podemos buscar la palabra apropiada, en el que tomamos la decisión de mentir o abrazarnos a la verdad. Cuando hacemos silencio antes de hablar es la oportunidad, como señala el Mahāsatipatṭhāna sutta, abstenernos de hablar maliciosamente, del empleo de palabras ásperas y de la charla frívola.

Dios, antes de decir “haya luz” (Gen 1,3) había hecho silencio. La Creación con toda su belleza y perfección no es producto tanto de la Palabra como del Silencio. Allí, en ese silencio divino, Dios pensó aquello que desencadenaría toda la existencia. Imam Al-Bujari, compilador y erudito musulmán, señala de manera contundente que quien cree en Dios – ese Dios Creador– que hemos mencionado debe decir buenas palabras o permanecer en

silencio. El Corán, sobre el valor del silencio como ventana hacia la prudencia, exalta la necesidad de un hablar modesto y sereno, puesto que el ruido es más desagradable que el rebuzno de un asno.

El apóstol Santiago ve en la lengua como un fuego, un mundo que maldad que, aunque pequeño, se jacta de grandes cosas (cfr. 3, 5 – 6). Por ello, como hemos apuntado, hay que pensar antes de hablar con la finalidad de pronunciar, efectivamente, la palabra correcta. El Corán exhorta a los hombres a ser siervos del misericordioso que caminen sobre la faz de Tierra con humildad, que cuando sean increpados por los ignorantes les respondan [con palabras de] paz. Hablar adecuadamente nos transforma en los instrumentos de paz que exalta la sensibilidad franciscana, por ello, antes de hablar busquemos en el silencio interior preguntándole si lo que estamos a punto de decir es útil, inspirador, necesario o amable.

El Noble Camino Óctuple del budismo ahonda en esta realidad del habla. Nos refiere a que el habla correcta es algo más profundo que corregir el habla. El habla correcta supone cuatro aspectos a considerar con seriedad y profundidad: abstenerse del lenguaje falso, no emitir calumnias sobre otro, inhibirse del lenguaje grosero, descortés o abusivo, y evitar acercamientos al chisme o las habladurías. No se trata sólo de corregir el lenguaje, sino corregirnos profundamente.

Hacer silencio para procurar un hablar corrector implica algo más profundo y complejo: acallar el infierno en que nos hemos transformado producto de haber entrado, casi complacidos, al ritmo vertiginoso de la cultura de la muerte. Cultura que nos ha vaciado de contenido, pero que hemos creado nosotros mismos. Hemos creado un lenguaje de la muerte y hemos sido seducidos por él. Hemos alimentado las palabras con veneno, carentes de bondad, de compasión, de alegría y ecuanimidad. No es fácil transitar este camino, pero si nos está resultando más sencillo aniquilar al otro con la lengua, entonces urge un cambio.

“Quién eres, tú sonoro al fondo de mi mismo?”, se pregunta el poeta Armando Rojas Guardia. Este tú sonoro es también horizonte presentido, oscuridad ansiada, “paisaje último donde el gozo no puede saber sino a agonía”. ¿Quién eres? ¿Qué es? Lanzamos la pregunta, pero para poder tener una respuesta, tenemos que ubicarnos en el perfecto abrazo que supone estar justo entre la palabra y el silencio. Hundirnos lenta y conscientemente en ese horizonte supremo donde el silencio y la palabra se unen. En esa madura pulpa de paz donde Pachelbel fue a recoger matices para su Canon. Preguntamos, pero debemos esperar superar el escalofrío ontológico para que la respuesta llegue.

Voy trazando estas líneas mientras escucho, justamente, el Canon de Pachelbel. Maravillosa composición del alemán Johann Pachelbel, creada para deleite de la humanidad en 1680. Una obra que destaca precisamente por su armonía. Hay una progresión armónica en esta obra que nos va llevando de la mano entre la simpleza en que la belleza se nos ofrece a los sentidos, en este caso la escucha. Sentido que ha venido siendo desplazado para entronizar otros, en especial, el habla. Para disfrutar del Canon debo

callar para que él hable y así inundarme de una belleza insólita que va alimentado mi espíritu.

Sobre el fenómeno de la escucha nuestros antepasados tuvieron algo muy claro que nosotros hemos ido perdiendo. La tradición hebrea le brinda a la escucha un significado más profundo que el mero acto de escuchar. Para ellos la escucha tiene una condición fundamental que abre su corazón a lo teológico, lo metafísico, lo ontológico, lo histórico, lo antropológico, lo existencial. Tiene que ser así, ya que todo gira en torno a la convicción de que Dios es la palabra a ser escuchada. A Dios no se le ve, se le escucha, y a través de la escucha, por lo tanto, la existencia alcanza su sentido más vivo. El dábar hebreo no sólo significa palabra, sino también la gran enseñanza relacionada con el poder que las palabras tienen para edificar, sanar y restaurar, pero también para destruir. Sin embargo, sólo puede ser poseído por medio de la escucha.

Lamentablemente, entre ellos y nosotros, estuvieron los helénicos. Ellos no quisieron escuchar, ellos querían ver. Todo estaba asociado a lo visto. Todo pasaba por el ojo de la mente. La mirada abría el camino hacia procesos importantes, pero nos alejó de una gnosis de obediencia para acercarnos a una que instrumentaliza lo que ve para poseerlo y ponerlo a su servicio.

Cuando nos planteamos la idea de educar la escucha lo hacemos apelando al afán de contestar la pregunta que inicialmente nos hacíamos con el poeta Rojas Guardia: ¿Quién eres, tú sonoro al fondo de mi mismo?”. Esta pregunta hace que mi mirada contemple lo que el budismo señala como escucha interior o meditación sobre el sonido interior, Nada Yoga en sánscrito. Este sonido es un agudo timbre interno capaz de abrazar amorosamente el silencio que es cubierto por palabras, o notas musicales, para entrar a una dimensión más profunda de la escucha que, a su vez, nos abre el camino para transitar el enigma de la belleza.

Ese enigma de la belleza que me incita a buscar a buscar el Canon de Pachelbel me conduce a recordar que San Agustín destacaba el poder de la música para modelar el ánimo y despertar estados de placer y éxtasis. La escucha nos ayuda a comprender la belleza, no sólo del fenómeno musical, sino la propia grandiosidad de todo lo creado por Dios y, por ello, ayuda a expresar la gratitud hacia el Creador y el sentimiento de pertenecer a un universo único, fruto de su amor.

Sócrates decía a sus discípulos: “Hablen para que los conozca”. El filósofo tenía claro que la escucha es un eje central de una apertura existencial que favorece la comprensión del otro. Escuchar es un fenómeno profundo que permite el acceso a lo esencial que, como señaló Saint-Exupéry, es invisible a los ojos. Eso esencial que inaugura todo proceso de diálogo, puesto que en la escucha es donde se fundamenta la comprensión humana.

5. El co-razón: por una razón poética

Desde el reconocimiento de su obra en la segunda mitad del siglo XX, la importancia de la obra de María Zambrano ha venido creciendo vertiginosamente. Su obra ha sido ampliamente estudiada por el universo académico vinculado a la Filosofía, aunque no resulta obligatorio mencionar que es, además una de las mejores plumas del siglo XX, por ello resulta ser la primera mujer en obtener el Premio Cervantes de Literatura en 1988. Destaco de su magnífica obra *Filosofía y Poesía* (1939), donde aborda la relación entre el pensamiento filosófico y la poesía a lo largo de la historia cultural de Occidente, cuyo origen sitúa en Grecia.

A partir de la reprobación platónica de los poetas en *La República*, filosofía y poesía fluyen apartadas como formas de racionalidad y de discurso análogos cuyo fondo magmático es similar, pero con distintos itinerarios, proyectos y caminos. María Zambrano apuesta por una voluntad de conciliación entre pensamiento y poesía, el hallazgo de un logos mediador que armonice la palabra filosófica con la palabra poética, y que encuentra en el propio estilo literario de la autora un vehículo perfecto de expresión. Precisamente, los tiempos aciagos que transcurren exigen, o parecen exigir, la posibilidad de plantearnos una educación que tenga como columna vertebral un razonar poético.

Cuando pienso en razonar poético, a pesar de hacerlo a partir de una idea formulada por María Zambrano, no dejo de reconocer y de valorar lo que Nietzsche nos brinda desde su filosofar a martillazos, según el cual nos enmarca en una invitación arriesgada, pero seductora: vivir es inventar. Una vida que contemple un estado de ensueño que llene de sentido a la propia vida. Tendríamos que destacar también a otro español, José Ortega y Gasset para quien la escisión entre vida y razón restaba notablemente peso a la existencia, puesto que el tema de nuestro es precisamente la vida.

María Zambrano le habla al hombre de esta hora invitándolo a que se plantee la necesidad de un saber sobre el alma, como hiciera en 1934, transformando la razón vital orteguiana en razón poética. Muchas voces aseveran que los poetas hacen filosofía por medio de sus poemas, es más, que en la poesía podemos hallar más filosofía, así como un tipo de verdades distintas y más profundas, que en muchas obras estrictamente filosóficas, es decir, que en ensayos, artículos y tratados filosóficos.

En este sentido, Wordsworth afirma en el prólogo a sus *Baladas Líricas*, de algún modo siguiendo a Aristóteles, que “la poesía es la más filosófica de todas las formas de escritura [...] su objeto es la verdad, no individual y local, sino general y operativa; no dependiendo de la evidencia externa, sino revivida en el corazón por la pasión”. Otro gran poeta norteamericano y amigo del anterior, Samuel Coleridge, pensaba de manera similar, pues consideraba que uno no podía “ser un gran poeta sin ser al mismo tiempo un profundo filósofo”, implicando que el gran poeta construye un pensamiento orgánico a través de su poesía.

Una Educación forjada a la luz de un razonar poético brindaría unidad compuesta de instantes fugaces que le acercan a cierta musicalidad, cierta sensibilidad que la conducen a ir más profundamente, hasta la raíz del conocimiento. Un razonar poético le abre al pensamiento la posibilidad de palabras transidas desde la sangre para escribir con sangre lo que se piensa desde el cuerpo. Una razonar poético le abre el corazón al pensamiento para que este se abra a la vida y disuelva su alma entre las pasiones, los intersticios de la cotidianidad, para llenar de sentido y sensibilidad el acto siempre lejano del pensar.

Poesía y razón se completan y requieren una a otra, insiste Zambrano. Por eso defendió la idea de entender lo que se siente, sin anularlo, sin dejar de sentirlo; por “una inteligencia que rescata a lo más alejado de ella”, pues hay que “ir llevando el sentir a la inteligencia”. De tal forma que la razón poética de Nietzsche, esa que labraba interpretaciones librescas y daba rienda suelta a la imaginación, esa loca que incita a vivir creativamente, ofrecía un mayor conocimiento de nosotros mismos (aunque no total), del hombre íntegro, que el que ofrece el soberbio racionalismo moderno, tal como esperaba la propia Zambrano.

6. El corazón es un horizonte. A modo de conclusión.

Hace algún tiempo escribí un artículo llamado El hombre y el horizonte. Rescaté para esas líneas un poema de Stephen Crane que dice: «Yo vi a un hombre persiguiendo al horizonte; corrían y corrían dando vueltas. Yo me quedé pasmado. Lo increpé al hombre. «Es inútil», le dije, nunca podrás. Mentira, gritó, y siguió corriendo». He vuelto al poema porque Dilexit Nos, la más reciente encíclica del Papa Francisco me lo recordó mucho mientras la leía. Me imaginé al Papa Francisco persiguiendo a un horizonte que, sin duda, es el mismo que yo persigo. Quizás, no se trata de perseguir al horizonte, sino que, es otra forma de expresar, un anhelo, cierta nostalgia: volver al corazón.

Volver al corazón con la finalidad de comenzar a abrirnos a una comprensión de la existencia abrazada al misterio, al hombre en su totalidad. Abierta a ese punto en el cual, el corazón creyente ama, adora, pide perdón y se ofrece a servir en el lugar que el Señor le da a elegir para que lo siga, como expresa Francisco. Un punto en el cual el cielo y la tierra se abrazan, se hacen uno solo, como el corazón que es centro unificador, espacio en el cual se posibilita el íntimo encuentro con Dios que nos impulsa hacia la otra orilla.

En lo más interior del ser humano brotan las fuentes de la vida. Se configura aquello que nos distingue, aquello que nos ordena nuestra identidad espiritual poniéndonos en comunión con las demás personas, pero también nos abre los ojos a una dimensión más íntima con la realidad. Una dimensión que permite al hombre deleitarse con los destellos divinos diseminados en lo cotidiano. Destellos que anuncian la verdadera belleza y que solo el corazón puede captar, puesto que se encuentra imantado hacia ella. La belleza auténtica, sostiene Benedicto XVI, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más allá.

Esa belleza que, como la verdad, es lo que despierta la alegría en el corazón de los hombres; «fruto precioso que resiste a la usura del tiempo», sostiene. Que sacude al hombre para hacerlo salir de sí mismo, arrebatándolo de la resignación, la conformidad, la mediocridad, el consumismo, en pocas palabras, del miedo a Cristo y a la potencia que se desnuda en los latidos siempre vivos de su Corazón. Miedo que no propicia estados profundos de conciencia donde se haga posible experimentar la poesía oculta en todo lo que nos rodea. Poesía amorosa que nos punza el corazón, lo hace arder, lo arroja al otro lado.

El corazón es un horizonte donde lo divino y lo mundano se abrazan, se celebran, se festejan estableciendo nuevos caminos más allá de los límites. Escribe Francisco en *Dilexit Nos*: «cuando se capta alguna realidad con el corazón se la puede conocer mejor y más plenamente». La filosofía realmente no comienza entre las cuatro paredes de las certezas, sino de la conmoción, del asombro. Allí donde el filósofo detiene su pensamiento, el corazón es impulsado a dar otro paso y otro más. No es un Yo encerrado en sí mismo, sino un Yo que es el tú de Dios abriendo la posibilidad de la amistad con Él construyendo frente a su mirada atónita nuevos horizontes.

Una amistad que nos pone en contacto con lo que sienten y cómo se sienten las cosas. Que nos reconcilia con las preguntas que nos devuelven la dignidad. Que nos reconcilia con la fe y la sensibilidad como formas legítimas de conocimiento. Que nos ayuda a comprender que la salvación del hombre tiene lugar en la historia, pero que no es un hecho histórico. Por ello, Francisco retoma lo que ya San Agustín propuso anteriormente: volver al corazón, volver al centro, a esa fuerza única capaz de unir lo que ha sido fragmentado por una racionalidad completamente instrumentalizada y deshumanizada. Volver a comprender que el corazón es un horizonte propiciador de encuentros. Paz y Bien, a mayor gloria de Dios.



REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº 114 - 2025 - 4 OCTUBRE - DICIEMBRE

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en NOVIEMBRE de 2025
por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

www.luz.edu.ve **www.serbi.luz.edu.ve**
www.produccioncientificaluz.org